

MABEL GONZÁLEZ BUSTELO

Rupturas y continuidades. La posguerra fría en *Papeles de Cuestiones Internacionales*

En los veinte años desde la creación del CIP las características del sistema internacional han cambiado, pero las raíces de diversos problemas actuales estaban prefiguradas en el periodo de la Guerra Fría y la descolonización. Con el fin del enfrentamiento bipolar, en los años noventa se pensó que era posible lograr un mundo más justo y pacífico. Muchos de aquellos sueños no se cumplieron y otros avances han dado ahora marcha atrás en el marco de la “guerra global antiterrorista”. En estas dos décadas ha habido guerras y genocidios, han colapsado varios Estados y millones de personas han muerto por la violencia, el hambre o las epidemias. Al mismo tiempo, han tenido lugar debates sobre cómo lograr una gestión multilateral de problemas globales como la guerra, la pobreza o el deterioro del medio ambiente. Se ha avanzado en instrumentos de Derecho Internacional como el Tratado de minas antipersona o la Corte Penal Internacional; han surgido nuevas potencias como Brasil, Suráfrica o China que son expresión de un mundo multipolar, y hay un desarrollo de la sociedad civil global con conciencia crítica y propuestas sobre problemas comunes. Muchos de quienes protagonizaron la Guerra Fría han vuelto a la escena política y el aliado que ellos financiaron es ahora su enemigo. Estos veinte años muestran un panorama confuso y turbulento cuyos perfiles han sido trazados por “Papeles de Cuestiones Internacionales”.

Mabel González Bustelo es investigadora del Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM)

A principios de los años ochenta la Guerra Fría se recrudecía debido al incremento de la tensión entre EEUU y la URSS y los debates sobre el despliegue de nuevos misiles en Europa. Ambos bandos también libraban su batalla por la hegemonía global mediante el apoyo a protagonistas de distintas guerras en el Tercer Mundo. Desde Angola o Mozambique a Afganistán, desde Centroamérica hasta Camboya, conflictos nacionales y poscoloniales con raíces históricas, socioeconómicas y políticas fueron interpretados en clave del enfrentamiento bipolar y se convirtieron en guerras interpuestas, libradas fuera del territorio de las dos potencias. Cuando Mijail Gorbachov llegó al poder en la URSS, en 1985, nadie podía aventurar que el proceso de reformas que impulsó llevaría al fin de la política de bloques al poner de manifiesto las contradicciones internas y la debilidad real de la URSS y el bloque del Este. En Occidente, el desconocimiento y la propaganda marcaban las percepciones sobre aquel. Como afirmaba Jonathan Steele: “Es necesario que en Occidente conozcamos a la Unión Soviética tal y como es a mediados de los años ochenta, y dejemos de lado los estereotipos de la época de Stalin. Estaremos entonces en una mejor disposición para valorar las perspectivas que se abren en el ámbito del control de armamentos y el desarme” (Introducción, en URSS: Política exterior y poder militar, Nº 12, agosto de 1986).

En el otro lado del mundo, Ronald Reagan llegó a Washington y fue un impulsor decidido -junto con Margaret Thatcher en el Reino Unido- del modelo económico neoliberal, pero también un utópico político que creía firmemente en la excepcionalidad de EEUU y en su misión moral de derrotar al enemigo, materializado en el comunismo y la URSS, calificado de “Imperio del mal”. Esta visión de “cruzada” dejaba atrás la política de contención de sus predecesores para avanzar hacia el *rollback* (retroceso) del adversario. Y la forma de debilitarlo era atacarlo en sus flancos más débiles, librando guerras de baja intensidad en los Estados a los que consideraba sus clientes. El discurso de cruzada envolvía en un manto de connotaciones morales el intento de garantizar la hegemonía mundial de EEUU, mientras calificar a los adversarios como terroristas servía de coartada para llevar a cabo acciones violentas en todo el mundo. Para Fred Halliday, “La cuestión del terrorismo ha suscitado una enorme preocupación en la década de 1980. Según la idea convencional, los Estados occidentales se hallan sometidos a un maligno ataque de los extremistas del Tercer Mundo, ayudados por Estados enemigos como la URSS, Cuba, Corea del Norte y Libia. El ‘terrorista’ se ha convertido en el demonio de los años ochenta, y la lucha contra el terrorismo ha pasado a ser una parte central de la cruzada de Reagan. (...) La preocupación comenzó a finales de la década de los sesenta, y en principio se centró en los grupos palestinos que secuestraban aviones y causaban víctimas civiles en Israel. (...) La angustia creada por el terrorismo alcanzó su auge durante la crisis de los rehenes en Irán, cuando se aplicó la categoría de ‘terrorista’ al pueblo que mantenía secuestrados a los diplomáticos. Se había creado la imagen de un Tercer Mundo enloquecido, preferiblemente barbudo e islámico” (La Doctrina Reagan y el Tercer Mundo, Nº 20, 1987).

Y, para crear e imponer esa imagen que hoy resulta tan familiar, es preciso utilizar de forma eficaz el lenguaje y las armas de información y propaganda. Noam Chomsky desenmascaró algunos de estos mecanismos: “Otros dos términos pro-

pios de la Neolengua, 'extremista' y 'moderado', sirven para calificar a quienes aceptan la posición de EEUU (el segundo) y a quienes no actúan de esa forma (el primero). (...). Los términos 'terrorismo' y 'represalia' tienen también un significado especial en la neolengua norteamericana. La palabra 'terrorismo' se utiliza para designar los actos terroristas protagonizados por árabes, pero no los desarrollados por Israel o EEUU. (...) Mientras que el bombardeo de Túnez se consideró una 'legítima' respuesta a las muertes de Larnaca, la utilización del secuestro como represalia era puro terrorismo" (Control ideológico en EEUU, N° 19, 1987).

En este marco se produjo el bombardeo de Libia en 1986. Una acción que, según Robert C. Johansen, "fracasó en su objetivo de mitigar el terrorismo, como han admitido muchos políticos estadounidenses. Muy al contrario, deterioró la reputación de EEUU entre sus aliados y aumentó las acusaciones de los países menos industrializados sobre la prepotencia norteamericana. Quizá lo más importante fue el daño causado a las perspectivas de crear el tipo de colaboración amplia que resultaría absolutamente esencial para detener el terrorismo, debido a que este ataque se lanzó de forma unilateral y a que el antiterrorismo se asoció de modo demasiado estrecho con los intereses geopolíticos estadounidenses. (...) Una iniciativa para combatir el terrorismo que fuera ideológicamente equilibrada, de ámbito mundial y respaldada por la ONU podría haber tenido más perspectivas de éxito" (Las Naciones Unidas, la crisis y el futuro, N° 23, 1987).

En 1986, el cercano final del segundo mandato de Reagan se vio empañado por el estallido del escándalo Irán-Contra. Washington negoció con Irán, en plena revolución islámica, la liberación de rehenes estadounidenses a cambio de venderle armas (cuando supuestamente era un enemigo sometido a embargo internacional) y usó los beneficios obtenidos para financiar al ejército ilegal de la Contra, que libraba la guerra contra los sandinistas en Nicaragua. El Gobierno de Reagan trató de bloquear la investigación pero las pruebas se acumularon en su contra. El candidato demócrata a las elecciones presidenciales de noviembre de 2004, John Kerry, fue clave. Siguiendo a Robert Matthews, "uno de los miembros de las cámaras, el senador Kerry, percibió un profundo peligro en un gobierno invisible que prescindía de la ley y lleva adelante una política exterior secreta, al tiempo que subvierte el proceso democrático dentro de EEUU. A finales de 1985, decidió impulsar una investigación del asunto desde su propia oficina" (Nicaragua y el Irangate, N° 18, 1987). En su informe, Kerry concluía: "De todas estas denuncias se deduce con claridad que cierto número de personas han violado en EEUU las leyes de Neutralidad y de Control de Exportación de Armas, o han facilitado la ayuda ilegal a la Contra prestada por el Gobierno estadounidense" (Informe Kerry, N° 18, 1987).

Kerry no ha sido el único actor que ha reaparecido al observar la evolución de este periodo histórico. De hecho, gran parte de la configuración política actual de Washington tiene sus raíces en aquellos años. Con Reagan, llegaron al poder los neoconservadores, una alianza entre la derecha política más conservadora y la derecha religiosa que creía que EEUU estaba en decadencia por la debilidad de la política exterior de Jimmy Carter y otros presidentes, frente a la URSS y en el Tercer Mundo, y por los cambios internos (libertades y derechos civiles, movimientos feministas y estudiantiles, pacifistas y ecologistas...). Todo ello habría conducido a

*La palabra
"terrorismo"
se utiliza para
designar los
actos
terroristas
protagoniza-
dos por
árabes, pero
no los
desarrollados
por Israel o
EEUU*

la decadencia moral y política y al riesgo de perder el liderazgo internacional. Era precisa una nueva visión moral y determinación de llevarla a cabo. El fallecido analista y activista Xavier Gorostiaga describía así la composición de los círculos del poder estadounidense: "El *Contragate* puede interpretarse como la revancha del Eastern Liberal Capital (el capital liberal del Este, tradicionalmente identificado con el Partido Demócrata), de los llamados Corporate Managers, que difieren en intereses e ideología de la clase de los nuevos ricos del Sunbelt (los Estados del Sur y las nuevas minitransnacionales), detentadores de las riendas del poder estadounidense desde 1960. Estos "nuevos ricos" (...) ideológicamente pertenecen a la nueva derecha, una coalición informal aglutinada alrededor de un sentido de misión histórica, fervor derechista, nacionalismo militarista y religiosidad fundamentalista" (*Contragate: una crisis provocada*, Nº 18, 1987). Los neoconservadores han vuelto al poder con George W. Bush. Elliot Abrams, condenado judicialmente por este escándalo, es actualmente encargado de Oriente Medio en el National Security Council, que asesora al presidente. Y numerosos miembros del actual Gobierno estadounidense, como el vicepresidente Richard Cheney, el secretario de Defensa Ronald Rumsfeld, su subsecretario Paul Wolfowitz, el asesor de Seguridad Nacional Richard Perle y otros, provienen del Gobierno de Ronald Reagan o del de George Bush padre.

Centroamérica era entonces un escenario arrasado por la guerra y la violencia, como señalaron Solon L. Barraclough y Michael F. Scott: "El Salvador, Nicaragua y Guatemala están siendo devastados por la guerra y la violencia y Honduras se halla prácticamente ocupada por las fuerzas de la Contra, apoyadas por el gobierno de EEUU y por el propio ejército estadounidense. En estos países hay casi un millón de personas indigentes que huyen de la violencia, y un número similar de centroamericanos se refugian en EEUU o México. Muchos los seguirían si pudieran: desde los últimos años de la década de los setenta han muerto de forma violenta en Centroamérica cerca de 250.000 personas". También en estos países, unas guerras con profundas raíces de pobreza, exclusión y racismo fueron interpretadas a la luz de la Guerra Fría y "de 1979 a 1986, la ayuda militar de EEUU a estos países ha pasado de diez a 596 millones de dólares" (*Alimentación y conflictos en América Central*, Nº 28, 1988).

En España, gran parte de los debates políticos y públicos estaban centrados en 1986 en el referéndum sobre la salida de España de la estructura de la OTAN, donde había ingresado en 1981. El PSOE llegó al poder en 1982 con la promesa de retirar al país de este organismo pero posteriormente cambió su posición para defender la permanencia. El debate se polarizó pero la presión fue muy fuerte y los españoles votaron a favor de quedarse en la OTAN. El CIP alertó de los peligros de esta opción en diversos textos: "La tendencia de la Alianza a ampliar su margen geográfico de acción, unida a la posibilidad de que EEUU utilice, con o sin autorización, las bases para una operación intervencionista en el Tercer Mundo, añaden razones para que este país busque la forma de estar alejado de conflictos potenciales que no le incluyen" (*España y la OTAN. Política de bloques y seguridad*, Nº 6, enero de 1986).

En el volátil contexto de Oriente Medio y Asia Central, se estaban produciendo importantes cambios en áreas que ya entonces eran clave para la paz y la seguri-

dad global. En 1987 estalló en Palestina la “rebelión de las piedras”, la primera Intifada, inicio de una espiral de violencia que iba a tener profundas consecuencias durante los años siguientes. Así lo describía Roberto Mesa: “Hoy por hoy, la lucha se mantiene activada en todos los niveles: desde el combate armado hasta la resistencia pasiva, pasando por la batalla diplomática” (Los palestinos y su movimiento de liberación, N° 26, 1988). Y Teresa Aranguren explicaba algunas razones en el origen de la pasividad del mundo árabe ante el conflicto: “La primera guerra árabe-israelí fue el primer gran fracaso de una acción árabe conjunta. Y fue también el ‘año del desastre’ para el pueblo palestino, que (...) había confiado su defensa en la fuerza de los hermanos árabes” (Los países árabes y la cuestión palestina: entre la impotencia y la retórica, N° 26, 1988).

Menos de un año más tarde, la guerra que desde 1980 enfrentaba a Irán e Irak llegaba a un alto el fuego. Kenneth Wilson y Peter Wallensteen: “El 20 de julio de 1987, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó la resolución 598, en la que se solicitaba el inmediato cese de las operaciones y la retirada de las fuerzas a las fronteras internacionales reconocidas. Más tarde se abordaron negociaciones para hallar una fórmula válida para satisfacer uno de los más significativos requerimientos iraníes, en el sentido de que el gobierno de Irak fuese declarado responsable de la guerra” (Los conflictos armados de nuestro tiempo, N° 30, 1988). Irán aceptó el acuerdo en 1988. En aquel conflicto, Sadam Husein fue apoyado desde EEUU y Occidente frente al Irán de los ayatolás. Para ello recibió apoyo militar y financiero e informaciones de satélite sobre las posiciones de las tropas iraníes, así como armas químicas que utilizó para gasearlas. Kamran Mofid subrayó las consecuencias: “La guerra entre Irán e Irak fue uno de los más devastadores conflictos armados desde la II Guerra Mundial. Los respectivos costes económicos derivados del daño a las infraestructuras de Irán e Irak entre septiembre de 1980 y julio de 1988 alcanzan cifras del orden de los 445.000 y 126.000 millones de dólares, respectivamente. De todo lo señalado se deduce lo ingente de la tarea de reconstrucción material y económica de Irán e Irak” (Deconstrucción y reconstrucción, la posguerra del Golfo, N° 36, 1990).

Ruptura en Afganistán y caída de la URSS

La misma máxima de que “el enemigo de mi enemigo es mi amigo” fue aplicada en Afganistán mediante el apoyo a las fuerzas que luchaban contra la ocupación soviética. Ésta fue iniciada por varias facciones locales. Más tarde, Afganistán se convirtió en territorio para la *yihad* al que llegaron combatientes procedentes de las *madrassas* de Pakistán y de todo el mundo islámico. Los resistentes fueron apoyados por su combate contra el comunismo desde Washington y Europa, Arabia Saudí y los servicios secretos de Pakistán. Como afirmaron Eqbal Ahmad y Richard J. Barnett: “La invasión de Afganistán (...) constituye la operación militar más prolongada y costosa que ha abordado la URSS desde la II Guerra Mundial. (...) Por su parte, EEUU ha apoyado a la resistencia afgana en la guerra que mayor complejidad y más gastos ha reportado desde las intervenciones de la CIA en Laos y Camboya en los primeros años setenta. (...) Según *The Washington*

Post, solamente en 1987 el volumen de ayuda militar encubierta de EEUU a los 'guerreros santos' o *muyahidín* de la resistencia afgana ascendió a 660 millones de dólares, cifra superior a la asignada a los contras nicaragüenses" (Afganistán, tribus y superpotencias, Nº 34, 1989).

En este contexto nació la red Al Qaeda, liderada por Osama bin Laden, miembro de una rica familia saudí. En 1989 se retiran los soviéticos, pero quedan los males que seguirán aquejando a Afganistán por mucho tiempo, como la división del país entre señores de la guerra que más tarde lucharon entre sí por el poder y el control de territorios y recursos, la aparición de los talibán como única fuerza cohesionada con capacidad para tomar el poder y la conversión del país en refugio de sectores islámicos defensores del fundamentalismo más radical como Al Qaeda. Con acierto, afirmaba Mariano Aguirre: "El futuro a medio plazo está marcado, además, por los enfrentamientos entre la resistencia. Las divisiones entre los quince principales grupos son muy fuertes. (...) Afganistán puede verse desintegrado como país y pasar a depender de las ayudas extranjeras para sobrevivir. Una y otra característica definirán presumiblemente la situación a partir de la salida de las tropas soviéticas" (Posdata, Afganistán después de la retirada soviética, Nº 34, 1989).

El final del enfrentamiento en Afganistán y algunos otros acontecimientos parecían anunciar cambios y una reducción de la tensión entre las grandes potencias. En 1988 se firmaron los Acuerdos de Nueva York para cesar la injerencia en Angola. En este país también se libró una guerra interpuesta en la que el Gobierno del MPLA era apoyado por la URSS y Cuba, y la opositora UNITA por EEUU y la Suráfrica del *apartheid*, entre otros. Los acuerdos significaban la salida de las tropas cubanas y surafricanas, la independencia de Namibia (sobre la que Suráfrica ejercía un poder colonial) y el fin del apoyo occidental a UNITA. Era un momento para el optimismo, aunque con cautelas. Fred Halliday: "El acuerdo de paz en Angola parece confirmar la opinión de que está a punto de alcanzarse la paz en el Tercer Mundo y de que la rivalidad Este-Oeste esta llegando a su fin. (...) El cese de la intervención de las grandes potencias en el Tercer Mundo parece progresar al mismo ritmo que la reducción de tensiones en Europa. (...) Pero este aparente estallido de paz puede inducir a error. Si bien la guerra no es ya el medio dominante para intentar alcanzar el poder, la rivalidad por el poder y por el control de los Estados del Tercer Mundo sigue tan viva como siempre" (Se mantiene la rivalidad Este-Oeste en el Tercer Mundo, Nº 35, 1989).

En el bloque del Este, las reformas lideradas por Gorbachov para hacer avanzar a la URSS hacia una mayor apertura (la *perestroika* y la *glasnost*) acabarían por ampliarse en el ámbito del Pacto de Varsovia. Según Robin Alison Remington: "Hasta el momento Gorbachov ha extendido su esfuerzo de *perestroika* a los países del Este, tanto para fortalecer la posición de sus incondicionales en la URSS como para crear un entorno más saneado que favorezca el desarrollo económico soviético" (Perestroika y Pacto de Varsovia, Nº 35, 1989). En noviembre de 1989 cayó el Muro de Berlín. Poco después, se decretaba el fin de la Guerra Fría. Un editorial de *Papeles* decía: "La política de bloques está en crisis –si la OTAN no tiene enemigo en el Este queda cuestionada su función-, a la vez que la retórica de la tensión entre Washington y Moscú ha descendido considerablemente. Y práctica-

mente todos los analistas han decretado el fin de la Guerra Fría” (Presentación, EEUU y el fin de la Guerra Fría, Nº 36, 1990). De nuevo surgían esperanzas, como subrayó Richard J. Barnet: “Las sorpresas de los dos últimos años han resultado pasmosas: la Unión Soviética, desprendiéndose de su estudiada máscara, muestra la fragilidad y el descontento de setenta años de dominio del Partido Comunista, retira sus tropas de Afganistán y se abre a un estimulante, si bien peligroso, proceso de reforma y debate. (...) Los contornos de este nuevo mundo en gestación son oscuros, y sus mapas están aún por trazar. Hay una urgente necesidad de una redefinición fundamental de los objetivos, prioridades y estrategias de la política exterior de EEUU en respuesta a la desaparición del mundo para el que se ejecutaron las actuales políticas. (...) Las oportunidades norteamericanas de contribuir a la edificación de un nuevo orden internacional que promueva la seguridad global parecen ser mucho mayores de lo que eran a finales de la II Guerra Mundial. Pero la tarea es más ardua. (...) A pesar de los nubarrones, las posibilidades de llevar a cabo cambios esperanzadores en el sistema internacional son mayores que en cualquier momento desde 1945” (El final de la Guerra Fría, Nº 36, 1990). Stanley Hoffman sugería algunos pasos concretos hacia la estabilidad global: “El objetivo a largo plazo, que debería anunciarse formalmente, consiste en reducir la fuerza y el armamento de cada Estado a los niveles más bajos compatibles con sus necesidades de seguridad” (La quimera del orden mundial, Nº 46, 1992).

Estas expectativas durarían poco. En América Latina, EEUU encontró una nueva vía de implicación en los asuntos internos de varios países a través de la “guerra contra las drogas”. La guerra que llevaban a cabo los cárteles de Cali y Medellín contra el Estado de Colombia y contra los procesos de extradición a EEUU fue uno de los detonantes. Como señalaba Ignacio Gómez Gómez: “Cuatro meses antes de que EEUU anunciara el inicio de la retirada de sus tropas en Europa y el fin de la Guerra Fría, el presidente Bush presentó en sociedad una nueva estrategia que garantizaba la prolongación de los conflictos en América Latina. El nuevo enemigo es un puñado de delincuentes comunes, entre quienes se cuentan dos de los hombres más ricos del mundo, afincados en tres países pobres: los traficantes de cocaína. (...) EEUU optó por afrontar militarmente el problema de las drogas a mediados de agosto de 1989. (...) El día 8 de ese mes el presidente firmó una Directiva de Seguridad Nacional en la que definió el narcotráfico como factor de desestabilización económica de su país y de la democracia en América Latina, y autorizó a las fuerzas armadas norteamericanas para acompañar a las fuerzas antinarcóticas de los países amenazados por la mafia en sus operaciones” (EEUU, en busca del enemigo perdido. Nº 37, 1990).

La primera guerra de Irak

Entre tanto, en Oriente Medio se desataban acontecimientos que marcarían el futuro de la región y del sistema internacional en su conjunto hasta ahora. En 1990, Sadam Husein invade Kuwait y pasa a convertirse en el enemigo número uno de la comunidad internacional. La violación de la soberanía de un Estado se consideró una grave amenaza para la paz y la seguridad mundial y, con el apoyo

Formaba parte de la propaganda destinada a justificar la guerra la proclama de George Bush de que sería un paso para crear un “nuevo orden mundial” más justo y pacífico

de la ONU y una amplia coalición internacional, el presidente George Bush lanza la primera guerra de Irak. Mariano Aguirre describió los inicios y motivaciones de este conflicto: “El 2 de agosto pasado, Irak invadió Kuwait. Pocos días después situó sus fuerzas en la frontera con Arabia Saudí mientras el presidente Sadam Huseim decretaba la anexión de Kuwait. En menos de una semana había dejado de existir uno de los estados más pequeños y más ricos del mundo. Esto generó una crisis política y económica internacional de imprevisibles consecuencias. (...) La invasión puso en marcha los planes de EEUU para intervenir militarmente en el Golfo, preparados en el curso de los últimos quince años” (El conflicto del Golfo Pérsico, Nº 38, 1990).

Las fuerzas estadounidenses expulsaron a las tropas iraquíes de Kuwait y bombardearon Irak en una guerra fulminante en la que se utilizaron nuevas técnicas de información y propaganda. La mayoría de los medios de comunicación internacionales no tuvo acceso a territorio iraquí y gran parte de ellos aceptó la versión oficial de que fue una guerra limpia, librada con armas inteligentes y sin afectar a objetivos civiles. La realidad fue muy diferente, como afirmaron William M. Arkin, Damián Durrant y Marianne Cherni: “El sistema social y económico de la sociedad iraquí ha sido totalmente desmembrado y los efectos se harán notar de manera importante incluso a largo plazo. La eficacia de las incursiones consiguió cortar los suministros de electricidad y combustible e interrumpir los sistemas de comunicación, transporte y producción de forma rápida e irreversible, dejando tanto a los líderes como al pueblo de Irak aislados e indefensos. Dichos ataques arrasaron con todos los aspectos de la sociedad moderna del país y no sólo con los objetivos militares” (Las técnicas de guerra modernas y el medio ambiente: un estudio sobre la guerra del Golfo, Nº 43, 1991).

También formaba parte de la propaganda destinada a justificar la guerra la proclama de George Bush de que sería un paso para crear un “nuevo orden mundial” más justo y pacífico, un orden puesto en duda por Mariano Aguirre: “Este nuevo orden tan ambiguo y escueto en su formulación como promisorio y ambicioso en su fantasía sería producto del final de dos símbolos: el primero, la caída del muro de Berlín como expresión de la crisis y el final del comunismo; el segundo, la guerra y previsible derrota de Sadam Husein. (...) En la guerra contra Irak se fortalece el modelo de intervención masiva que podría aplicar EEUU en el futuro: uso de la fuerza aérea y naval; no arriesgar fuerzas en combate; controlar el acceso de la prensa para evitar una imagen crítica; exigir colaboración económica, bases y permisos de vuelo y paso por su territorio a los aliados; utilizar al Consejo de Seguridad de la ONU como legitimación; contar con el apoyo de la URSS a cambio de beneficios comerciales, créditos e inversiones” (El desorden del “nuevo orden mundial” de EEUU, Nº 42, 1991).

Este orden encubría la determinación de EEUU de consolidarse como única potencia mundial mediante el recurso a las instituciones y normas multilaterales cuando fuera posible y con intervenciones directas cuando fuera preciso. *Papeles para la Paz/En pie de paz*:¹ “Probablemente ésta haya sido la primera de un nuevo

¹ El Nº 42 de *Papeles para la Paz* fue una coedición con la revista *En pie de paz*, entonces en su Nº 21.

tipo de guerras caracterizado por la dependencia del Norte respecto de determinados recursos del sur (petróleo, piensos, minerales estratégicos...) y la necesidad de control de los mismos, por la vía que sea. Esto inicia la configuración de un 'nuevo orden internacional' en el que EEUU se otorga el papel de un 'gendarme' mundial para preservar el complejo tejido de interdependencias que aseguran la existencia de un Norte enriquecido, frente a un Sur en el que se encuentran todas las gamas de la pobreza" (Editorial, N° 42, 1991).

En este contexto cobraron fuerza nuevos debates sobre la necesidad de crear marcos multilaterales más fuertes y asumir una reforma y democratización de la ONU para hacerla más capaz de actuar como garante real de la paz y la seguridad global. Así lo afirmaba Brian Urquhart: "Una de las consecuencias de la II Guerra Mundial fue la convicción generalizada, reflejada en la Carta de la ONU, de que el desarme era esencial para un mundo estable y pacífico. Tal vez sirva la guerra del Golfo para recordarnos la necesidad del control de armamento y los peligros de la proliferación y la afluencia de armas, especialmente en las regiones más volátiles del mundo. (...) En una situación así, ninguna nación, ni siquiera la asociación de dos o tres naciones poderosas, va a poder asumir el papel de árbitro y policía mundial, aun en el caso de que otras naciones lo aceptaran, lo que resulta improbable. De ahí que la ONU deba llegar a su madurez para poder asumir ese papel" (Lecciones del Golfo para la ONU, N° 43, 1991). Sobre la proliferación de armas nucleares alertaba José M. Martín Medem: "Laboratorios de armas atómicas de EEUU y fabricantes de material bélico de la Comunidad Económica Europea (CEE) han colaborado en el desarrollo de misiles nucleares de alcance medio que ahora poseen algunos países del Tercer Mundo" (Misiles nucleares sin control en Oriente Medio y América Latina, N° 37, 1990). Nicolau Barceló centraba su crítica en los armamentos navales: "La Marina de EEUU se muestra reacia a que los nuevos vientos que soplan en las relaciones Este-Oeste abran la puerta por la que se escaparía buena parte de su arsenal nuclear" (El descontrol de los armamentos navales, N° 37, 1990).

Emergen los Estados frágiles

En otros lugares del mundo, una serie de países entraban en guerras que eran la expresión del fracaso en la construcción del Estado poscolonial, una posición subordinada en el sistema económico internacional y el nacimiento o consolidación de fuerzas que utilizaban la violencia para conseguir objetivos políticos o económicos. Algunos Estados pasaron a denominarse "frágiles" y a colapsar. Uno de ellos fue Somalia, que también había desempeñado un papel subordinado en la Guerra Fría. José Manuel Bustamante: "La caída, en enero de 1991, del dictador Siad Barre, condujo a una cruenta lucha fratricida que ha liquidado prácticamente la ya débil estructura estatal. (...) Pero el colapso de Somalia, si bien aparece en primer término causado por una guerra 'tribal', como prefieren calificarla los medios de prensa sin profundizar mucho más, no se hubiera mostrado de tal magnitud si el terreno no estuviera abonado por décadas de políticas nefastas que han afectado a toda la región" (Somalia, un país sin lugar en el mundo, N° 46, 1992).

La guerra civil de Somalia y la crisis humanitaria que generó llevó a la comunidad internacional a poner en marcha una operación de la ONU que combinaba un componente de mantenimiento de la paz con otro destinado a proteger el reparto de ayuda humanitaria. Con pocos medios y un mandato poco claro, en poco tiempo las fuerzas internacionales fueron arrastradas a la guerra. Como afirmó Vicenç Fisas: “En Somalia (...) la ONU no puede compaginar un proyecto ‘humanitario’ con otro militar de carácter ofensivo. Son proyectos incompatibles desde el momento en que se tomó la decisión política de implicarse directamente en la guerra. (...) Al declarar la guerra a Aidid, la ONU se ha convertido en un nuevo clan combatiente, con la salvedad de que al ser una fuerza de ocupación extranjera, puede acabar combatiendo contra todos los demás, que son autóctonos. (...) Todo ello pone de manifiesto que, para actuar en situaciones conflictivas, los cascos azules han de ser profesionales y tener una preparación específica previa. La falta de entrenamiento para actuar en Somalia es evidente” (La ONU en Somalia, ¿misión imposible?, Nº 49, 1993). Ante el agravamiento de la situación fue EEUU, alentado por el entonces secretario general de la ONU, Boutros Ghali, quien decidió intervenir para poner fin a los combates. En 1992 lanzó la operación *Restore Hope*, que pronto se vio envuelta en enfrentamientos con los principales señores de la guerra. El derribo de dos helicópteros *Black Hawk* en Mogadiscio fue el punto de partida para la retirada. La intervención se hizo sin conocimiento real de la situación en el terreno por unas tropas que eran combatientes, no pacificadoras, y que no eran vistas como neutrales. Este fracaso iba a tener serias consecuencias para otras crisis en el futuro.

Uno de los primeros casos fue la República Federal Socialista de Yugoslavia. La gravísima crisis económica y el colapso del régimen de Tito después de su muerte en 1980 hicieron saltar por los aires la compleja estructura de equilibrios territoriales y étnicos mantenida hasta entonces en los Balcanes. La primera en declarar la independencia fue Eslovenia, en 1990, seguida de Croacia. Tras el reconocimiento de ambos Estados por la Unión Europea en 1992, Bosnia siguió el mismo camino y a partir de ese momento la guerra se generalizó. Con discursos genocidas y excluyentes basados en identidades étnicas y religiosas, los actores armados se lanzaron a una guerra brutal con masacres y bombardeos, ciudades cercadas y deportaciones en masa. Florence Hartmann describió el proceso de creación del discurso identitario: “Belgrado lanzó a partir de 1986 una nueva cruzada para elevar la conciencia nacional serbia, cruzada a la que pronto se unió el joven líder comunista Milosevic, y que finalmente dio lugar a la bárbara oleada de nacionalismo serbio de principios de la década de 1990. En aquel momento no se hablaba de ‘limpieza étnica’ sino de la devolución a los serbios de todos sus ‘derechos históricos, nacionales y democráticos de vivir en un único Estado’” (La siniestra ideología de la “limpieza étnica”, Nº 46, 1992). Unas opiniones públicas horrorizadas por una guerra en el corazón de Europa reclamaban a los Gobiernos que “hicieran algo”. Pero EEUU esperaba que fuera la UE quien asumiera el liderazgo y las divisiones internas de ésta lo impedían. Finalmente la ONU fue autorizada a desplegarse, pero con mandato y recursos muy limitados para tener impacto, como denunciaba el Foro para la Paz y la Reconciliación en la Antigua Yugoslavia: “La única solución viable a largo plazo es la creación de un protectora-

do administrativo de la ONU a gran escala. Dicho protectorado tendría el control sobre la totalidad del territorio de la república y su finalidad sería la desmilitarización y la disolución de las milicias y la regeneración de la política civil. (...) La actual intervención de la ONU, sin embargo, no tiene objetivos claros ni, por tanto, medios claros para alcanzar nada. Con la actual intervención se corre el riesgo de producir una intensificación explosiva del conflicto sin que se logre la paz". Declaración en Verona, N° 46, 1992.

En Israel, la victoria de los laboristas de Isaac Rabin en las elecciones generales hacían surgir esperanzas en torno a la paz, como señalaba Pere Vilanova: "Todas las partes implicadas, de modo implícito o explícito según los momentos, parecen haber llegado a un punto de encuentro relativamente inesperado: hay que enfocar el conflicto, el problema, de otra manera. Ya no valen unilateralismo, soluciones de pura fuerza y mucho menos inmovilismos" (Oriente Medio: las elecciones en Israel y el proceso político, N° 46, 1992).

Los zapatistas: guerrilla sin violencia

En América, varios países iniciaban el difícil camino que lleva de la guerra a la paz. El inicio lo describió Xabier Gorostiaga: "El proceso de Esquipulas (1987) permitió iniciar un espacio regional de negociación de conflictos armados, de observación internacional e incluso de intento de verificación internacional por parte de los países latinoamericanos del Grupo de Contadora (...). Esquipulas inició un proceso creador de una cultura de negociación, de acuerdos concertados. Los acuerdos permitieron el fin de la guerra en Nicaragua" (La democracia ambigua: perspectivas para América Central, N° 47/48, 1993).

Después de que la candidatura conservadora de Violeta Chamorro ganara las elecciones frente a los sandinistas, nuevos procesos de paz comenzaron en la región. En El Salvador se firmó en 1992, y como señaló Fernando Harto de Vera: "Los Acuerdos de Chapultepec pusieron fin a más de diez años de guerra civil. A partir de entonces, se abrió un periodo de transición hacia la normalización que culminó con las primeras elecciones de la posguerra en marzo-abril de 1994" (El Salvador: el camino a la moderación, N° 52, otoño de 1994). En Guatemala no se firmó la paz hasta 1996. Pero ahí se observó la contradicción entre la paz entendida como ausencia de guerra y una concepción de la misma que incluya la justicia y el bienestar.

El final de las guerras no significó el fin de la violencia en Centroamérica, entre otras cuestiones, porque los acuerdos de paz no alteraron las condiciones estructurales de pobreza y exclusión de la mayoría de la población ni la marginación de los campesinos e indígenas. La ortodoxia neoliberal aplicada a continuación agravó la situación. Y condiciones similares iban a conducir al nacimiento del movimiento zapatista en el Estado mexicano de Chiapas. Roberto Montoya describía así su inicio: "La fecha elegida por los rebeldes zapatistas para salir de la selva Lacandona y ocupar por la fuerza los pueblos de San Cristóbal de las Casas, Ocosingo, Altamirano y Las Margaritas, en el sur del estado de Chiapas, cercanos a la frontera con Guatemala, no fue casual. Pretendían aprovechar la atención mundial

concitada por la entrada en vigor del NAFTA (North American Free Trade Agreement) –un acuerdo de integración económica entre tres países que suman 360 millones de consumidores- para dar a conocer sus reivindicaciones. (...) En uno de los países con más número de multimillonarios, el Gobierno no da ninguna solución a los más de dos millones de campesinos e indígenas –buena parte de ellos chiapanecos- que se verán seriamente perjudicados a partir de ahora por la importación libre de aranceles de maíz estadounidense” (Chiapas: el regreso de Zapata en tiempos del NAFTA, N° 50, primavera de 1994).

Violencia en África, ruptura en los Balcanes

En 1990, el presidente surafricano William de Klerk ordenó la liberación de Nelson Mandela, líder del Congreso Nacional Africano. Esto fue el principio del fin del régimen racista del *apartheid*. Mandela ganó las primeras elecciones generales libres celebradas en el país, en 1994, y el proceso de transición pacífica llevó a que se hablara del milagro surafricano. Sin embargo, aunque se abrió el régimen político, diversas fuerzas trataron de bloquear el proceso en distintos momentos, como señaló Lucía Alonso: “El país corre el riesgo de perpetuar un sistema injusto tanto internamente como en relación con sus vecinos continentales. El proceso de reforma política sufre continuos bloqueos. (...) Si Suráfrica alcanza la estabilidad democrática por la que ahora lucha habrá anulado uno de los principales motivos de confrontación en África Austral. Si además demuestra interés en cooperar con sus vecinos contribuirá a crear el clima de confianza recíproca que unos y otros necesitan para prosperar” (La economía surafricana después del apartheid, N° 49, 1993).

En abril de 1994 estalló de nuevo la violencia en Ruanda. Frank Smyth y Victoria Brittain: “El avión que se estrelló el 6 de abril provocando la muerte de los presidentes de Ruanda y Burundi (y que tal vez fue derribado) constituye tan sólo el último acto de violencia acaecido en estos dos países vecinos de África Central. (...) El renovado terror en Ruanda se precipitó cuando ésta se encaminaba provisionalmente hacia un acuerdo de paz tras una guerra civil de tres años, concluida en agosto pasado” (Ruanda: guerra, dinero e intervención, N° 51, verano de 1994). En el genocidio murieron asesinadas unas 800.000 personas en pocos meses, ante la pasividad de la ONU y las potencias internacionales. El fracaso de Somalia y el “síndrome de Mogadiscio” hicieron a EEUU mucho más reticente a la intervención por motivos humanitarios. Desde Europa, los intereses estratégicos franceses pesaron más que otras consideraciones. Sin embargo, lo sucedido en Ruanda alentaría nuevos debates sobre la necesidad de marcos globales de intervención para detener e impedir nuevos genocidios. Brian Urquhart defendía la creación de una fuerza más eficaz para la ONU: “La capacidad de desplegar unidades de imposición de la paz creíbles y eficaces, en breve plazo y en un primer estadio de cualquier crisis, y con la fortaleza y el apoyo moral de la mundial, constituiría un paso importante en esa dirección” (Por una fuerza militar voluntaria de Naciones Unidas, N° 49, 1993).

La presión de las opiniones públicas ante los hechos en la ex Yugoslavia llevó

a EEUU a tomar la iniciativa junto con la OTAN y aumentar la implicación internacional. El detonante fue el bombardeo de un mercado en Sarajevo que provocó la muerte de numerosos civiles. La ciudad estaba cercada desde 1992. Mariano Aguirre y Pedro Sáez: “La OTAN exigió a los serbios bosnios que retirasen sus armas pesadas más allá de 20 km de Sarajevo o las pusiesen bajo control de la ONU en un plazo de diez días. También consideró que levantar el cerco a Sarajevo sería un primer paso para poner a esta ciudad bajo ‘administración de la ONU’ (...). Se estableció entonces una cadena de mando entre la OTAN y la ONU que sentó un precedente para otras acciones similares que puedan realizarse en el futuro” (Bosnia: después del ultimátum, N° 50, primavera de 1994).

Definir nuevos paradigmas

Con el fin del orden bipolar se inició una búsqueda de nuevos paradigmas con los que explicar el sistema internacional y las formas en que los Estados podrían relacionarse entre sí en el futuro. Si Francis Fukuyama pregonaba el fin de la historia, según el cual la caída de la URSS y los regímenes comunistas significaba el triunfo de la universalidad de los valores occidentales, y para Robert Kaplan se avecinaba la anarquía, en 1994 irrumpe con fuerza la tesis de Samuel Huntington del choque de civilizaciones. Según él, las confrontaciones en las relaciones internacionales en el presente y el futuro inmediato no serán entre Estados sino entre civilizaciones y concepciones culturales, especialmente la occidental por un lado y el Islam y el confucionismo por el otro. Laurence Thieux explicaba los orígenes de esta teoría: “La conflictividad en Oriente Medio, la inestabilidad política que afecta a numerosos Estados árabes, el renacimiento religioso y sus manifestaciones más radicales han generado numerosas reticencias e interpretaciones alarmistas acerca del Islam. Desde el Departamento de Policía de Nueva York, después del atentado de 1993 a las Torres Gemelas de Manhattan, hasta la OTAN hay una preocupación por el Islam y se ha generado una fuerte polémica teórica que si no es nueva en sus orígenes, ha adquirido nuevas formas. (...) Para Huntington, la desestabilización política de muchos países árabes junto con el protagonismo de los movimientos islámicos podrían fomentar interacciones conflictivas con Occidente” (Confrontaciones de culturas: buscando el paradigma de las relaciones internacionales, N° 52, otoño de 1994).

Esta tesis fue desde el principio rebatida desde ámbitos académicos, políticos y de la sociedad civil por la debilidad de su argumentación y por el peligro de que se convirtiera en una profecía autocumplida al proporcionar a EEUU un nuevo enemigo con el que luchar. Dan Smith formuló su crítica: “En suma, la explicación de por qué las civilizaciones chocan no se tiene en pie. Se puede reconocer intuitivamente que la diferencia puede generar temor, desconfianza y conflicto. Pero la intuición no basta. (...) Aunque Occidente parece enemigo de la civilización islámica, no se puede decir que sea cierta la afirmación en sentido inverso. Huntington abunda en la historia de la conquista de territorios de la Europa cristiana por parte de los imperios islámicos. Pero, sin embargo, no ha existido amenaza árabe alguna sobre Europa durante más de un milenio, y el imperio otomano dejó de consti-

tuir una amenaza real hace casi tres siglos” (Por qué han de chocar las civilizaciones”, Nº 52, otoño de 1994).

En el lado positivo podría decirse que animó un debate sobre el papel de la religión, la política y el fundamentalismo en el mundo actual que numerosos autores llevaron más allá del Islam, como Fred Halliday: “El fundamentalismo promete tener repercusiones todavía mayores en el mundo en los años por venir, y desde luego no va a desaparecer ni a apaciguarse. (...) Cuando hablamos de fundamentalismo en el mundo contemporáneo, nos referimos a un conjunto de movimientos presentes en diferentes países, que comparten ciertos rasgos comunes y que se caracterizan, en particular, por una combinación de dos elementos ligados de forma contingente. Uno lo constituye la invocación a un retorno a los textos sagrados, leídos de modo literal, y el otro la apelación a que estas doctrinas se apliquen a la vida social y política. (...) Aun cuando buena parte de la atención haya recaído en el mundo islámico, el término fundamentalista se ha aplicado de forma mucho más amplia” (El fundamentalismo y el mundo contemporáneo, Nº 52, otoño de 1994).

Mientras tanto, en España, la objeción de conciencia y la insumisión eran dos cuestiones importantes en el debate político, con un creciente rechazo de muchos ciudadanos a cumplir el servicio militar obligatorio. Éste se aboliría pocos años más tarde, pero ya en 1995, *Papeles* reflejaba estos debates. Afirmaba Marciano Vidal: “La insumisión ha ido cobrando importancia no sólo por la cantidad de insu- misos sino, sobre todo, por el impacto que ha originado en la sociedad” (La insumisión desde una perspectiva ética, Nº 54, 1995). Y seguía Imanol Zubero: “El movimiento antimilitarista saca a la plaza pública la cuestión de la defensa exigiendo su debate. Ésta es su primera aportación a la profundización de la democracia” (Objeción de conciencia y profundización de la democracia, Nº 54, 1995).

Acuerdos y desacuerdos de paz

Las líneas comunitarias y religiosas han marcado también el enfrentamiento entre católicos y protestantes en Irlanda del Norte. En 1994 se dio el primer avance hacia la paz, como explicó Paul O’Connor: “Cuando el futuro estudiante de historia de Irlanda acceda a Historia / Irlanda en su base de datos, parpadeará en su pantalla la fecha 31.8.1994. El alto el fuego que declaró el IRA ese día señaló un nuevo comienzo en las relaciones angloirlandesas, o pudo haberlo señalado. En las semanas y meses que siguieron a la declaración, hubo muchas esperanzas de que sería posible una resolución del conflicto de Irlanda del Norte” (Irlanda del Norte: después de doce meses de alto el fuego, Nº 56, 1995).

Y fue precisamente un fundamentalista judío quien dio el golpe de gracia al proceso de paz árabe-israelí que había comenzado con la Conferencia de Madrid de 1991 y continuó después con los Acuerdos de Oslo. El primer ministro israelí Isaac Rabin, firmante de los acuerdos con Yaser Arafat, fue asesinado en noviembre de 1995. Mariano Aguirre: “Se esperó demasiado para negociar, Israel ha concedido poco, la OLP carece de flexibilidad para agilizar el proceso democrático (las próximas elecciones pueden ayudar mucho en este proceso), los fundamenta-

listas de cada parte son los principales enemigos del proceso de paz. A la vez, el principal partido de la derecha, el Likud, y muchos líderes religiosos de Israel han estado alentando algo más que las críticas al proceso de paz. En realidad, han hecho un ataque al Gobierno laborista, al Estado liberal. Todo se conjugó en el asesinato de Rabin” (Presentación, N° 56, 1995). A partir de entonces, el proceso de paz entró en crisis y se inició un deterioro constante de la situación política tanto en Palestina como en Israel.

Tras años de guerra, los Acuerdos de Dayton de 1995 (precedidos de bombardeos de la OTAN) fueron un paso decisivo para poner fin a los combates y lograr una paz, aunque precaria, en Bosnia y otros territorios de la ex Yugoslavia. Sin embargo, desde una perspectiva crítica se puede afirmar que en los acuerdos se consagró la división territorial basada en criterios étnicos y religiosos que había sido el objetivo de los impulsores de la guerra. Así lo afirmaba Pedro Sáez: “El manejo de más de un centenar de mapas durante los veinte días de negociaciones indica que la cuestión básica era la asignación de territorios de acuerdo con criterios étnicos homogeneizadores. Desde esta perspectiva, el triunfo de la conquista militar y la limpieza étnica como instrumentos para ordenar el espacio yugoslavo parece claro” (El acuerdo de Dayton: un primer balance, N° 57, 1996).

Mientras tanto, las consecuencias de la guerra y el genocidio de Ruanda hicieron tambalearse el poder de Mobutu en el Zaire y, con él, la estabilidad del país y su propia supervivencia como Estado soberano. Sofía Cadenas y María Gilabert señalaron que: “Desde que el conflicto en Ruanda desplazara en el verano de 1994 a casi un millón y medio de personas al este de Zaire, la tensión ha aumentado en esta zona. La huida de cientos de miles de hutus hacia Zaire se produjo ante el temor de una revancha de los tutsis, que acababan de hacerse con el poder, tras haber sido objeto de una limpieza étnica por parte del antiguo Gobierno hutu ruandés. Entre los refugiados civiles asentados en la franja oriental de Zaire se ocultaron los soldados del ejército derrotado y las milicias radicales hutus procedentes de Ruanda y Burundi, que se rearmaron (...) albergando la idea de reconquistar el poder perdido. Este foco de tensión se introdujo en un país con múltiples conflictos internos” (Zaire ante el colapso, N° 59/60, 1996/1997). Fue el primer paso hacia una guerra en la que el país cayó en manos de múltiples actores armados y en la que participaron fuerzas de Ruanda, Burundi, Uganda, Angola, Namibia y Zimbabue. Una guerra con un fuerte componente de explotación de recursos naturales y componentes estratégicos y de seguridad en la que perdieron la vida cientos de miles de personas.

La Conferencia de Pekín sobre la mujer, de 1995, marcó un hito en el reconocimiento de la situación de las mujeres en todo el mundo y en la formulación de propuestas y metas para avanzar hacia la igualdad. Como afirmaba Justa Montero: “La Conferencia de Pekín supone un importante cambio en cuanto al análisis de la situación de las mujeres, sus causas, consecuencias y alcance. Una diferencia que estriba tanto en la diferente conceptualización con la que en algunos casos se aborda los problemas, como en la formulación de diagnósticos más precisos. La caracterización de los procesos que acompañan la feminización de la pobreza, las múltiples caras que adopta, así como los distintos colectivos de mujeres particularmente expuestos, son un ejemplo de ello” (Pekín y el debate internacional sobre la

*Las conse-
cuencias de la
guerra y el
genocidio de
Ruanda
hicieron
tambalearse
el poder de
Mobutu en el
Zaire y, con
él, la
estabilidad
del país y su
propia
supervivencia
como Estado
soberano*

mujer, Nº 56, 1995). Sobre la situación de las mujeres en los conflictos y concretamente la primera guerra de Irak, señalaba Cynthia Enloe: “La crisis del Golfo, retratada sobre todo por la prepotencia del ejército de EEUU, complicó radicalmente la tarea local de las feministas. Las activistas árabes, al caminar sobre el alambre entre un patriarcado de nacionalistas machistas y un imperio cultural de los políticos occidentales, pagan un precio muy alto cuando una crisis internacional polariza el debate interno” (“Mujeres y niños primero”: las herramientas propagandísticas del patriarcado, Nº 43, 1991).

El año 1997 fue clave en la configuración de China como potencia emergente en los asuntos globales. Después de la muerte, en febrero, de Deng Xiaoping, el arquitecto de la política de reformas adoptada a finales de los setenta, el XV Congreso del Partido Comunista consolidó un modelo mixto de apertura económica y continuidad en lo político. Además, en verano del mismo año recuperó Hong Kong. Enrique Fanjul: “Se ha abierto una nueva era, la era post-Deng, en la que China entra históricamente (...) en el siglo XXI, y en la que el crecimiento económico será el factor esencial para darle cohesión y estabilidad” (Luces y sombras de la China de la reforma, Nº 63, 1998). Más aún, como apuntó Xulio Ríos: “En el XV Congreso se ha equiparado la adopción de la política de reforma y apertura, en 1978, a los grandes episodios de la historia china del presente siglo (...). El XV Congreso ha decidido que la teoría de Deng Xiaoping de un socialismo con características chinas será su ‘ideología orientadora’, estipulando en sus estatutos que “el Partido Comunista de China asume el marxismo-leninismo, el pensamiento de Mao Zedong y la teoría de Deng Xiaoping como su guía para la acción. El denguismo es interpretado así como el marxismo de la China actual” (China después del XV Congreso, Nº 63, 1998).

En el mismo continente, las crisis financieras sacudieron a los llamados “tigres asiáticos” y especialmente a Indonesia. En este país el deterioro de las condiciones de vida como consecuencia de la crisis hizo tambalearse, después de más de treinta años, el régimen de Suharto, como describía Ana Alonso Montes: “Tras aplastar sin piedad primero al ‘peligro rojo’ (los comunistas) y posteriormente a los separatistas (sobre todo en Timor Oriental), el presidente Suharto se ha visto obligado a dejar el poder, al comprobar que había perdido su legitimidad, basada en el orden público y la prosperidad económica” (Indonesia: el fin de la era Suharto, Nº 64, 1998).

El caso Pinochet y la justicia universal

En 1998 se produjeron grandes avances para la justicia universal, basada en el principio de que determinadas categorías de delito como los crímenes contra la humanidad o el genocidio no prescriben y son perseguibles universalmente. Un primer paso habían sido los tribunales especiales creados para juzgar crímenes de guerra y contra la humanidad en Ruanda y la ex Yugoslavia. Otro importante antecedente lo había sentado la justicia española en 1996. Joan E. Garcés describió el inicio del proceso: “El 4 de julio de 1996, Miguel Miravet, en su condición de presidente de la Unión Progresista de Fiscales de España, interpuso en Valencia una denuncia por

presuntos crímenes de genocidio y terrorismo cometidos entre 1973 y 1990 por Augusto Pinochet y otros miembros o funcionarios de la Junta Militar chilena. La denuncia señala que ciudadanos españoles fueron secuestrados, torturados, asesinados o 'desaparecidos' por funcionarios de la Junta Militar e identifica a más de 4.000 personas asesinadas o 'desaparecidas' de nacionalidad española y de otras 20 distintas" (Pinochet, ante la Audiencia Nacional, Nº 59/60, 1996/1997). La Audiencia Nacional abrió diligencias previas y declaró su competencia.

En octubre de 1998, el ex dictador chileno Augusto Pinochet fue detenido en Londres. Aunque la demanda de extradición de la justicia española no fue atendida y regresó a Chile, ya nada sería igual, ni en aquel país ni para otros dictadores como los de las juntas militares argentinas. Esto fue un avance para la democracia, como afirmaron Mercedes García Arán y otros: "Aparte de la inmoralidad implícita en que comportamientos gravemente atentatorios contra los derechos humanos queden sin castigo, la impunidad supone el punto de partida de una espiral de circunstancias que terminan por favorecer la reiteración y perpetuación del abuso, máxime cuando el delito se ha generado a la sombra del Estado. (...) Cada vez que los crímenes quedan sin castigo, se facilita la posibilidad de que se repitan" (La impunidad es un insulto a la democracia, Nº 65, 1998). Más adelante, el ex militar y torturador argentino Ricardo Miguel Cavallo sería detenido en México, también a petición de la Audiencia Nacional española, acusado de genocidio y terrorismo. Carlos Iriart: "Los datos han permitido que, en la petición de extradición a México, Cavallo resulte incriminado como autor material de varios delitos en los que tuvo participación directa y como partícipe necesario del plan sistemático de exterminio. Se trata de una acusación especialmente grave, ya que el concepto de 'plan sistemático de exterminio' da al conjunto de estos hechos el carácter de crimen contra la humanidad" (Cuatro buenas razones para enjuiciar a un genocida: el caso Cavallo, Nº 72, 2000).

También en 1988, tras tres años de debates y una sesión negociadora final de cinco semanas, la Conferencia de Plenipotenciarios de Roma votó a favor del establecimiento de una Corte Penal Internacional permanente. Sobre el llamado Estatuto de Roma afirmaba la organización Human Rights Watch: "Aunque no es perfecto, sus disposiciones ofrecen un punto de partida viable para un tribunal que puede marcar una diferencia real y duradera. Se trata de un avance histórico para la protección de los derechos humanos y la aplicación del Derecho Internacional" (Un elemento de disuasión contra las atrocidades del futuro, Nº 65, 1998).

Uno de los principales responsables de las guerras en la ex Yugoslavia, el ex presidente serbio Slobodan Milosevic, sería posteriormente detenido y reclamado por la justicia internacional. Alessandro Gori: "Uno de los puntos más conflictivos entre el nuevo Gobierno serbio y la comunidad internacional se refiere a la entrega de Milosevic al Tribunal Internacional de La Haya. Al comienzo los líderes occidentales se mostraban comprensivos y no presionaban demasiado a Kostunica. La fiscal suiza Carla del Ponte prácticamente a diario hacía declaraciones en sentido contrario. La policía detuvo a Milosevic el 31 de marzo de 2000. (...) Kostunica aseguró que serían las autoridades yugoslavas quienes le juzgarían en su país" (Cómo Milosevic perdió las elecciones. La transición serbia, Nº 74, 2001). Milosevic fue, finalmente, entregado al Tribunal de La Haya.

El acuerdo de Stormont o de Viernes Santo fue el punto de partida para el fin de un conflicto que durante siglos enfrentó a protestantes y católicos en Irlanda del Norte. Bill McSweeney analizó algunos elementos del proceso: "A primera vista, el proceso de paz que condujo al Acuerdo de Stormont del 10 de abril de 1998 ofrece una clara ilustración de la relevancia de la identidad colectiva. Un pueblo dividido a lo largo de siglos por religión, lealtad política, adhesión cultural y mitos ha reflexionado sobre sus divisiones, ha reexaminado las raíces ideológicas de las mismas, para encontrar espacio para un compromiso a favor del otro y de un sentido de pertenencia compartido" (Intereses e identidad en el proceso de paz de Irlanda del Norte, Nº 64, 1998).

El debate sobre la intervención humanitaria: Kosovo

La sucesión de crisis en los Balcanes volvió al primer plano en 1998. Esta vez el escenario era Kosovo, una provincia habitada en un 90% por albaneses pero donde estaban marginados del acceso a la enseñanza, los niveles de gobierno, etc. Kosovo había sido la manzana de la discordia entre serbios y albaneses desde el fin del imperio otomano y la desintegración de Yugoslavia en los años noventa hizo aumentar las tensiones. Aunque la mayoría optó inicialmente por una defensa pacífica, la falta de resultados radicalizó la situación, como describía James Pettifer: "Los albaneses kosovares han venido apoyando las políticas pacifistas de Ibrahim Rugova, pero no han obtenido avances políticos significativos. En 1996 apareció el Ejército de Liberación de Kosovo (ELK), un grupo guerrillero que defiende la lucha armada como medio para expulsar a los serbios del poder. Desde entonces, ha venido protagonizando enfrentamientos con las fuerzas de seguridad, que se han intensificado desde febrero de 1998" (Kosovo: una historia familiar, Nº 64, 1998).

La presión de la sociedad civil internacional ante el temor a que se repitiera la historia de las otras repúblicas ex yugoslavas y la inestable situación en el resto del país llevaron a que, en esta ocasión, la respuesta internacional fuera más temprana. Francisco Veiga: "A lo largo de octubre la implicación directa de la OTAN subió de tono –aunque con reticencias de varios países miembros- mientras el enviado especial de EEUU, Richard Holbrooke, intentaba contra reloj llegar a un acuerdo con Milosevic. (...) En medio de esas incertidumbres tuvo lugar, en enero de 1999, la matanza de Racak: 45 albaneses fueron encontrados muertos, presumiblemente ejecutados por las fuerzas de seguridad serbias. Aunque existían dudas sobre la verdadera entidad del hecho, y un equipo de forenses finlandeses fuera autorizado por las autoridades serbias a investigarlo, el suceso marcó un paso más en la escalada intervencionista de la OTAN. Comenzaba un nuevo ciclo que llevaría a las conversaciones de Rambouillet y a una nueva fase en el drama kosovar" (Kosovo en 1998: el camino hacia la guerra, Nº 67, 1999). Cientos de miles de personas huyeron de las matanzas y de los bombardeos de la OTAN buscando lugares seguros. La política de "bajas cero" aplicada desde las potencias occidentales que lideraron la intervención agravó la situación sobre el terreno y fue un paso adelante en la manipulación de las cuestiones humanitarias que se

llevó a cabo durante los años noventa ya que se habló incluso de “bombardeos humanitarios”. Desde otros ámbitos se denunció que ésta era una excusa para justificar intervenciones selectivas que podían esconder otros objetivos. Kosovo quedó como un virtual protectorado internacional y su *status* final no fue definido.

En otros lugares del mundo continuaba la violencia. La cruel guerra de Sierra Leona entraba en una nueva fase, como señaló el Observatorio de conflictos del CIP: “El 6 de enero de 1999 fuerzas guerrilleras entraron en Freetown, capital de Sierra Leona, y tomaron algunos edificios oficiales. Su objetivo declarado fue liberar al líder del Frente de Unidad Revolucionaria, Foday Sankoh, encarcelado y condenado a muerte” (Sierra Leona, N° 66, 1999). A su vez, la Rusia de Vladímir Putin lanzaba la segunda guerra en Chechenia. Rosa Meneses Aranda explicaba que: “Rusia emprendió la guerra alegando dos razones. La primera, la incursión de los guerrilleros islamistas chechenos en la vecina República de Daguestán, con el objetivo de implantar un Estado islámico checheno-daguestaní. (...) La segunda razón viene dada por la ola de atentados que convulsionaron Moscú y Volgodonsk, en septiembre de 1999, cuando varias bombas mataron a cerca de 300 civiles. (...) La campaña contra la guerrilla –una operación antiterrorista según la denominación del Gobierno ruso- se lanzó en septiembre de 1999 con el despliegue de tropas federales en la frontera, que fueron adentrándose en la República desde el norte. El Gobierno checheno, elegido democráticamente en 1997, fue declarado ilegal” (Rusia ante el abismo de Chechenia, N° 70, 2000). Y, en Timor Oriental, lo que comenzó como el cumplimiento de un largo sueño, la celebración del referéndum de autodeterminación, terminó en un baño de sangre. Sandra Gil describió así el carácter de la ocupación indonesia: “La invasión indonesia de Timor fue brutal con el fin de terrorizar a la población y anular su capacidad de resistencia. Dili, la capital, fue bombardeada y sólo el primer día de invasión fueron asesinadas de forma indiscriminada cientos de personas” (Timor Oriental, la tragedia ignorada, N° 59/60, 1996/1997). Sobre la nueva represión, escribía José L. Gómez del Prado: “Los resultados del referéndum popular (...) indicaron que un 78,5% de la población rechazaba la autonomía especial y estaba a favor de la independencia. (...) A partir del momento en que se anunciaron los resultados de la votación, las milicias y los partidarios pro indonesios, dentro de un plan de ‘tierra arrasada’ y bajo la dirección de las fuerzas militares indonesias, desataron una campaña de terror y de destrucción total en contra de los habitantes pro independentistas” (Enseñanzas de Timor Oriental, N° 70, 2000).

En los escenarios del Magreb se sucedían los cambios. Abdelaziz Buteflika ganó las elecciones en una Argelia que seguía siendo golpeada por el terrorismo. Giuliana Sgrena: “Los argelinos no han celebrado la victoria de Buteflika como en 1995, cuando la elección de Zeroual representó un voto contra el terrorismo. Ahora ostentan una mal oculta indiferencia que indica la enorme divergencia existente en Argelia entre la política y las exigencias de la población. El terrorismo no ha sido vencido, las masacres continúan, sobre todo en el oeste, pero es indudable que la situación, en lo que se refiere a la seguridad, ha mejorado, principalmente en Argel. (...) Pero no será fácil poner fin a un fenómeno al que el régimen tacha de ‘residual’ pero que tiene en jaque al poder argelino” (Elecciones y continuidad en Argelia, N° 67, 1999). En Marruecos, el hijo de Hassan II heredaba el poder con

perspectivas contradictorias, como afirmaba Thierry Desrues: “Otro aspecto importante del legado que recibe Mohamed VI radica en la ambigüedad del cambio político que inició su padre en los últimos años de su largo mandato y que el nuevo rey tiene que impulsar. De hecho, aunque son indudables los avances que se han producido en el terreno de la participación de las fuerzas políticas, los resultados de las últimas elecciones municipales y legislativas de 1997 muestran numerosas zonas de sombra, sobre todo en lo relativo a la asimilación de una cultura democrática y la reproducción, aunque en menor escala que antes, de ciertas prácticas clientelares” (Mohamed VI, entre la incertidumbre y la esperanza, Nº 69, 1999-2000).

El movimiento antiglobalización toma la calle

Largos años de trabajo de numerosas ONG y organizaciones de la sociedad civil que denunciaban los excesos de la globalización neoliberal y la necesidad de buscar modelos alternativos y más justos y una democratización de las instituciones financieras internacionales se plasmaron, por primera vez en la calle, cuando las protestas impidieron la celebración de la Cumbre de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en Seattle en 1999. Los medios periodísticos descubrieron entonces al llamado “movimiento antiglobalización”. Sin embargo, en realidad fueron la culminación de un largo proceso de debates e intercambios de ideas y experiencias entre organizaciones de todo el mundo, que ya se habían organizado para exigir un sistema económico más justo y que alcanzaron madurez organizativa en el marco de sucesivas cumbres de la ONU en las que participaron. Una de las intelectuales clave del movimiento, Susan George, indicó: “El neoliberalismo no es un estado natural del hombre, no es algo supranatural, sino que puede ser cuestionado y sustituido porque sus propios defectos así lo demandarán. Tenemos que estar preparados con medidas de reemplazo que devuelvan el poder a las comunidades y a los Estados democráticos y, al mismo tiempo, trabajar para instituir la democracia, el Estado de derecho y la distribución justa de los recursos en el ámbito internacional. (...) Puede que el liberalismo sea insaciable, pero no es invulnerable. Una coalición de activistas internacionales ya les ha obligado a abandonar, al menos temporalmente, su proyecto de liberalizar todas las inversiones por medio del AMI” (Veinte años de economía de elite, Nº 69, 1999-2000).

Las protestas fueron un vehículo útil para poner en primera línea informativa, al menos temporalmente, los efectos de la globalización y su impacto en las condiciones de vida de muchas personas de todo el mundo. Pero sólo son una parte del trabajo de concienciación y sensibilización, como señaló Angela Wood: “Primero fue Seattle, luego Washington y, en septiembre de 2000, Praga. La protesta global es un fenómeno en crecimiento pero ¿se trata de una moda o es algo más importante? Las protestas condenan un sistema que estimula la inaceptable acumulación de poder de las empresas transnacionales, la creciente inestabilidad provocada por la liberalización de los mercados, el consumo abusivo y la destrucción del medio ambiente, así como un mayor empobrecimiento de las comunidades y países marginales. (...) Las protestas globales son territorio de unos pocos.

Aunque son un medio de expresión apasionante, potente y eficaz, no resultan un instrumento práctico para la mayoría de la gente (...). Pero es fundamental que estas personas tengan los medios para comprometerse y que se las motive para hacerlo. De otro modo, las protestas globales serán poco más que un paquete turístico para unos pocos radicales valientes” (Protesta global o turismo político: las campañas contra la globalización, N° 73, 2001).

Lucha antidrogas en América Latina

El Congreso de EEUU aprobó en el año 2000 el Plan Colombia, bajo la presidencia de Bill Clinton. Fue un paso adelante en la implicación estadounidense en la batalla antidrogas en Colombia. Sus principales componentes eran la ayuda militar y la erradicación de cultivos ilícitos mediante fumigaciones aéreas masivas. Los resultados de las políticas antidrogas impuestas en Colombia y otros países han tenido, sin embargo, escasos resultados, como afirmaba Robin Kirk: “La erradicación está condenada al fracaso por algo más que la simple logística. Desde que EEUU comenzó a fumigar, el cultivo de coca casi se ha duplicado, pasando de 67.200 hectáreas en 1996 a 101.800 en 1999, y sigue aumentando. Esto podría ser consecuencia directa de la estrategia estadounidense. A finales de los años ochenta, Washington cortó las rutas aéreas que abastecían de coca peruana y boliviana a los laboratorios de refinado colombianos. En lugar de rendirse, los traficantes plantaron coca en los estados de Caquetá y Putumayo y abrieron nuevas áreas junto a la frontera con Venezuela” (El placer y la guerra digital, N° 70, 2000).

Las alarmas que desató este plan sobre una posible escalada de la guerra en Colombia llevaron a José María Tortosa a aventurar un escenario de ficción en el que es EEUU quien es sometido a una intervención extranjera: “Es imposible, en términos realistas, pensar en un Plan EEUU dedicado a erradicar la producción de armas en aquel país. No es más realista, pero sí más útil para entender qué está pasando con el Plan Colombia, inventar este Plan EEUU que, supongamos, parte de una proposición de ley votada en el Parlamento Andino el 28 de diciembre de 2000. (...) El Plan pretende erradicar el consumo de drogas en EEUU mediante el ‘peinado’ del país por una fuerza de 130.000 hombres aportada por los países garantes” (Plan EEUU y plan de EEUU: otra mirada al Plan Colombia, N° 74, 2001).

Oriente Medio en llamas

En Palestina, los sucesivos esfuerzos para avanzar hacia una paz estable fueron continuamente frustrados por la intransigencia de los radicales de ambas partes y especialmente las políticas de los Gobiernos conservadores israelíes. José Abu-Tarbush reflejó el proceso: “Bajo la denominación genérica de Acuerdos de Oslo se hace referencia a toda una serie de acuerdos posteriores que, en su conjunto, engloba el proceso de paz emprendido por palestinos e israelíes a partir de la Conferencia de Madrid en 1991 y, más concretamente, las conversaciones secre-

tas sostenidas en Oslo en 1993. (...) En esa agenda se contemplan otros acuerdos como los de Taba u Oslo II (1995), Hebrón (1997), y el de Wye Plantation (1998) que, a su vez, acaba de renegociarse en el reciente acuerdo de Sharm el Shej (1999). Un análisis detenido de los citados acuerdos confirma la reducción paulatina de sus contenidos en detrimento de la parte palestina, de manera que cada compromiso posterior es peor que el anterior” (Hacia un balance del proceso de Oslo, Nº 69, 1999-2000). La frustración estalló con la segunda Intifada, a partir de esa reducción de objetivos de los líderes palestinos y de la visita de uno de los líderes de la derecha israelí, Ariel Sharon, a los sitios sagrados islámicos de Jerusalén el 28 de septiembre. Israel contestó con una dura represión. Desde entonces la respuesta palestina fue múltiple, desde los jóvenes en la calle lanzando piedras hasta las fuerzas paramilitares, pasando por Yaser Arafat, que osciló entre controlar y estimular esta segunda Intifada.

La radicalización llevó a un incremento de los atentados suicidas impulsados desde grupos radicales palestinos y, desde el lado de Israel, a unos niveles de represión y destrucción que han acabado con todas las estructuras e instituciones que pudieran ser el germen de un futuro Estado palestino. Según Isaías Barreñada: “Para los palestinos este retorno a la violencia ha tenido un coste enorme. En año y medio se cuentan casi 1.600 muertos y miles de heridos y detenidos. Los focos de resistencia han sido objeto de especial ensañamiento, como la brutal destrucción de una parte del campo de refugiados de Yenín. Los daños materiales han alcanzado cotas nunca vistas” (¿Palestina o Palestinistán?, Nº 78, 2002).

Entre tanto, un experimento prometedor avanzaba, entre dificultades, en la República Islámica de Irán. En 1997 Mohamed Jatamí accedió al poder con un programa reformista que prometía cambio y apertura y que ilusionó a un electorado descontento con la situación política y la crisis económica, especialmente en sectores urbanos, mujeres y jóvenes. En 2000 los reformistas consolidaron su avance con la victoria en los comicios parlamentarios, como relataba Allison Rohe: “Estas elecciones en la República Islámica de Irán han sido las primeras elecciones libres para el Majlis en los 21 años de historia del régimen teocrático y han registrado una participación electoral más alta que nunca. (...) La visión de Mohamed Jatamí y la mayoría de los reformistas no es de cambio absoluto sino de transformación. Jatamí es un clérigo que cree que el Islam y la democracia pueden coincidir y funcionar juntos, pero el obstáculo sigue siendo el papel de los conservadores y del líder espiritual. Irán es el único país islámico que parece tener en sus manos la posibilidad de desarrollar una democracia, pero la cuestión es si los conservadores dejarán que esto ocurra” (Reformas y temores en Irán: las luchas de Dios, Nº 70, 2000).

Argentina al borde del colapso

El siglo se cerró con una fuerte crisis económica, social y política en Argentina, un país que a mediados de los años noventa era considerado el “alumno modelo” del Fondo Monetario Internacional. Walden Bello: “Derribó sus barreras comerciales con más rapidez que la mayoría de los países de América Latina. Liberalizó su

cuenta de capital de forma más radical. Y en el gesto más conmovedor de fe neoliberal, el Gobierno argentino renunció voluntariamente a todo control significativo sobre la repercusión en el país de una economía mundial volátil con la adopción de una junta monetaria, es decir, vinculando el peso al dólar. (...) Todas estas medidas se adoptaron a instancias o con la aprobación del Departamento de Hacienda estadounidense y de su representante, el FMI" (Los dobles fracasos de la globalización, N° 77, 2002). El empobrecimiento generalizado y la caída de las clases medias en la pobreza desembocó en una crisis política que llevó la expulsión de varios presidentes en pocas semanas. Para muchos, las raíces de esta crisis estaban claras. Arthur McEwan: "La crisis en Argentina es una demostración de los peligros de la ideología del libre mercado y de las medidas económicas impuestas a los Gobiernos de todo el mundo por el FMI. En éste y otros países, estas medidas han sido asumidas por las elites locales, que ven sus fortunas vinculadas a la liberalización del comercio y a la reducción de los programas sociales. (...) Argentina es un ejemplo más del fracaso de las medidas del FMI destinadas a sentar las bases del crecimiento económico en países de bajos ingresos" (El derrumbe económico de Argentina, N° 77, 2002).

La caída de Argentina también alentó los debates sobre el gobierno de la globalización y las críticas al FMI. Uno de los críticos más destacados era Joseph Stiglitz, ex asesor económico del presidente Clinton y ex economista jefe del Banco Mundial, cuyo libro *El malestar en la globalización* generó una fuerte polémica. José Antonio Sanahuja la describía así: "En la discusión han vuelto a aflorar los desacuerdos sobre las crisis y la estabilidad financiera, el papel del FMI, la gobernación del sistema internacional o el desarrollo y la lucha contra la pobreza. (...) La popularidad de Stiglitz parece indicar que se abren paso algunas de las ideas de institucionalistas y 'neokeynesianos' en las que, en parte, se basan los críticos de la globalización" (Consenso, disenso, confusión. El "debate Stiglitz" en perspectiva, N° 82, 2003).

Ataques terroristas y respuestas bélicas

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington tuvieron serias consecuencias sobre el sistema internacional. Realizados por el terrorismo de raíz islámica de Al Qaeda, muchos lo identificaron como el cumplimiento de las tesis del choque de civilizaciones de Huntington. Sin embargo, afirmaba Alberto Piris: "La espectacularidad de la acción, los objetivos elegidos y las repercusiones instantáneas en todo el mundo contribuyeron a darle un relieve informativo y mediático que hizo olvidar su verdadera naturaleza: un ataque terrorista de magnitud insospechada. Todo lo demás que se ha atribuido a esta acción no tiene fundamento: declaración de guerra contra la democracia, contra EEUU, contra Occidente; comienzo de una nueva era en las relaciones internacionales; revolución en los modos de hacer la guerra, etc. Si las ciudades atacadas no hubieran sido Washington y Nueva York, nada de esta retórica hubiera visto la luz" (Las repercusiones internacionales de la crisis, N° 76, 2001-2002).

Otros autores rastreaban en sus raíces históricas, como Robert Matthews: "Igual que el 11 de septiembre, las víctimas civiles fueron el distintivo de los

Los fundamentalistas sólo han tenido material militar sofisticado durante la época en que EEUU se lo suministró

enfrentamientos durante la Guerra Fría en el Tercer Mundo, y todavía hoy podemos ver el terrible coste que significó para estos países. En realidad, la Guerra Fría fue caliente para esas víctimas de la gran lucha de poder ideológico entre EEUU y la URSS. (...) El ataque sobre el Pentágono y las torres del World Trade Center fue un acto de cobardía. Pero también se puede ver el terrible precio que ha tenido que pagar EEUU por ser un poderío imperialista con su propio historial lamentable de políticas llevadas a cabo con una cruel indiferencia por la vida humana” (El ataque de los fantasmas del pasado, Nº 75, 2001). También escribía John K. Cooley: “Los catastróficos ataques al World Trade Center de Nueva York y el Pentágono en Washington por parte de secuestradores suicidas el 11 de septiembre de 2001 constituyeron el terrible clímax de una serie de atentados contra EEUU durante la década de 1990. Estos fueron planeados, orquestados y en algunos casos ejecutados por veteranos de la guerra de Afganistán de 1979-1989, entrenados por la CIA, o por otros adiestrados e influenciados por ellos. (...) Desde 1979, cuando el Kremlin de Brézhnev y el Gobierno de Carter en Washington tomaron las fatales decisiones que condujeron a la invasión de Afganistán y a los mecanismos de resistencia a esa invasión, el mundo ha venido sufriendo, y aún sufre, sus consecuencias” (Las lecciones de la guerra de Afganistán, Nº 77, 2002). Frente a la retórica de que fueron el inicio de una guerra con un enemigo irracional que odia a Occidente planteaba Phyllis Bennis: “El rencor no está dirigido a EEUU, ni a los estadounidenses en general. Contrariamente a lo que afirman el Gobierno de Bush y los expertos de los medios de comunicación, no es la democracia lo que odian, ni siquiera el poder estadounidense en sí mismo. La causa del resentimiento es el apoyo de EEUU a regímenes no democráticos de la región” (El novísimo nuevo orden mundial, Nº 75, 2001).

Sin embargo, prevaleció el discurso de que se había iniciado una guerra entre radicales fanáticos que odian a Occidente por un lado y el mundo democrático y civilizado, con EEUU al frente, por otro. Los atentados permitieron a George W. Bush, un presidente cuestionado por el proceso electoral que lo llevó al poder, convertirse en “comandante en jefe” y reforzar su legitimidad. Y a los neoconservadores, que volvieron con él al poder en Washington, poner en marcha de nuevo los planes que llevaban acariciando desde hacía años o décadas: lanzar a EEUU como potencia mundial hegemónica. Para ello se declaró que EEUU está en guerra y el país se embarcó en una dinámica militarista que implica un aumento de los gastos en Defensa, la doctrina de la guerra preventiva y el recorte de los derechos y libertades en nombre de la seguridad.

El primer paso de la “guerra antiterrorista” fue el bombardeo de Afganistán, para derribar al régimen talibán y capturar a los líderes de Al Qaeda y especialmente a Osama bin Laden. Los bombardeos comenzaron en noviembre frente a un enemigo desigual, como afirmó Jordi Raich: “Afganistán es una chatarrería militar con unas pocas bases dejadas por los soviéticos sin agua y sin luz, con barracones en ruinas llenos de tanques y cañones rotos oxidándose. (...) Los fundamentalistas sólo han tenido material militar sofisticado durante la época en que EEUU se lo suministró. Si se bombardea Afganistán desde el aire, lo primero que harán los talibán es esconderse o intentar abatir, como hicieron los somalíes, aviones y helicópteros de última generación con fusiles Kalashnikov y piedras” (El emi-

rato islámico de América versus los EEUU de Afganistán, N° 75, 2001). La caída de los talibán fue fácil pero no se capturó a los líderes de Al Qaeda. Después, los señores de la guerra volvieron a adueñarse de grandes zonas del país, los cultivos de opio han aumentado y el Gobierno apoyado por la OTAN difícilmente extiende su radio de acción más allá de Kabul. Los talibán se han reorganizado en algunas zonas y la celebración de elecciones está seriamente amenazada por la inseguridad. Daniele Archibugi e Iris Marion Young proponían alternativas a esta visión para “imaginar lo que podría haber sido, y aún podría ser, una respuesta alternativa a los ataques terroristas del 11 de septiembre. En primer lugar, la situación debe posicionarse en el contexto de las relaciones entre individuos, y no tanto en términos interestatales. (...) En segundo lugar, los acontecimientos se deberían tipificar como crímenes y no como hechos bélicos, por lo que la respuesta sería una investigación y un enjuiciamiento, dentro del marco del Estado de derecho, además de medidas establecidas por la ley para prevenir y disuadir crímenes de este tipo” (Hacia un Estado de derecho global, N° 79, otoño de 2002).

En el contexto que ha seguido a los atentados en EEUU y en la “guerra global antiterrorista” que libra Washington desde entonces, muchas cosas han retrocedido en el sistema internacional. Numerosos conflictos y manifestaciones de violencia en todo el mundo han pasado a ser interpretados en ese marco y muchos Gobiernos utilizan el discurso del terrorismo para justificar represión y violaciones de los derechos humanos. O para obtener apoyo internacional para sus políticas militaristas y de fuerza. Éste es el caso de Colombia, donde en 2002 fracasaron las negociaciones entre el Gobierno de Andrés Pastrana y el mayor grupo armado insurgente, las FARC, y el mismo año Álvaro Uribe ganó las elecciones con la promesa de ganar la guerra. El conflicto fue calificado en términos de terrorismo. El CIP reclamaba, en este contexto, otra política por parte de Europa: “El proceso de paz ha fracasado y el conflicto se agrava. Existe el peligro de que este país sea uno más en la lista de la guerra contra el terrorismo global. La política de la UE frente al conflicto colombiano debe estar comprometida con el proceso de paz. (...) Es preciso diseñar una estrategia coordinada entre los países de la UE y los demás ‘países amigos’ del proceso de paz, para realizar una acción decidida y rápida que restablezca la mesa de diálogo y negociación entre el Gobierno y la guerrilla en Colombia” (Europa tiene un papel que cumplir en Colombia, N° 78, 2002).

A la vez, el objetivo de la seguridad en términos de realismo político se ha impuesto y esto ha afectado a instrumentos como la ayuda internacional, que en algunos casos se ha utilizado como durante la Guerra Fría, para promover agendas ajenas al desarrollo. Así ocurrió en la Conferencia de Monterrey sobre Financiación del Desarrollo del año 2002, donde los donantes se negaron a asumir compromisos explícitos para el combate a la pobreza. Tampoco entran en discusión las normas económicas y comerciales de los países desarrollados, como afirmaba Juan Pablo Prado Allande: “Si lo que se buscara fuera verdaderamente abrir la discusión sobre vías eficientes de financiación del desarrollo, la CIFD hubiese sido un espacio adecuado para debatir, por ejemplo, sobre las barreras comerciales de los países desarrollados, que, en caso de abrirse, ocasionarían que los países en desarrollo ganasen diez veces más que los 10.000 millones de dólares al año que

costaría extender la educación básica a todo el mundo” (Consenso de Monterrey: ¿avance o retroceso?, Nº 79, 2002).

En este contexto, Luis Inácio *Lula* da Silva llegó a la presidencia de Brasil en 2003. Desde Washington se vio con preocupación por su procedencia del sindicalismo y la izquierda y se habló de un supuesto “eje del populismo” en América Latina con Castro, Chávez o Lucio Gutiérrez. Según Kenneth Maxwell, es una percepción errada de la realidad: “Para entender a Lula es fundamental darse cuenta de que es, básicamente, un sindicalista, un duro negociador sindical, un ferviente convencido del poder que confiere escuchar a diferentes sectores de opinión y conciliar intereses divergentes por medio del debate, un formidable forjador de consenso y un líder con carisma para movilizar después a las multitudes en la dirección elegida. (...) Cuando los inversores de Wall Street visitan Brasil a veces vuelan en helicóptero desde la azotea de un edificio a otro en Sao Paulo. Si observaran lo que ocurre en tierra, podrían comprender mejor por qué Cardoso perdió el gobierno” (Brasil: las perspectivas de Lula, Nº 81, 2003).

En julio de 2003, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó la Resolución 1.495, un nuevo intento para resolver el proceso de descolonización del Sáhara Occidental, la última colonia de África. Este texto es el soporte de un proyecto más para resolver este largo conflicto, el Plan Baker II. Sin embargo, este intento también chocó con la oposición de Marruecos, como explicaba Javier Ludeña: “La base argumental del rechazo de Marruecos al Plan Baker II se basa en dos aspectos fundamentales. Por un lado, considera que el Plan de Arreglo de 1991 está muerto y enterrado, y por lo tanto todo lo contenido en él. (...) El otro aspecto fundamental en el que Rabat ha insistido es la soberanía y la integridad territorial de Marruecos” (El Plan Baker II: ¿solución para el Sáhara Occidental?, Nº 84, 2003/2004).

Irak desintegrado

En marzo de 2003, el Gobierno de Bush esgrimió la tesis de la guerra preventiva para atacar Irak, un país que, supuestamente, tenía armas de destrucción masiva, vínculos con Al Qaeda y que podría pasar esas armas a grupos terroristas. Posteriormente, el argumento fue iniciar el proceso democrático en el mundo árabe. La invasión culminó en pocas semanas, pero la ocupación ha resultado mucho más difícil y la inseguridad y el caos se han extendido por el país, convertido en un foco de numerosas insurgencias. Como señala Peter W. Galbraith: “Mucho de lo que ha ido mal era evitable. Centrando sus esfuerzos en ganar la batalla política para poner en marcha una guerra, el Gobierno de Bush no fue capaz de anticipar el caos posbélico en Irak” (Cómo salir de Irak, Nº 86, 2004).

Dentro del desprecio de los marcos legales y multilaterales con que se ha conducido el Gobierno de Bush en todo este proceso, y que ya se manifestó en la situación de los detenidos ilegales en Guantánamo, en Irak se descubrió que las torturas eran algo sistemático y consentido, si no promovido. Según Lisa Hajjar: “La exposición pública de torturas contra detenidos iraquíes por parte de soldados de EEUU trabajando en las alas de interrogatorio, gestionadas por la inteligencia

militar y servicios de seguridad privados estadounidenses, en la prisión de Abu Graib, en las afueras de Bagdad, además de las alegaciones de tortura contra presos iraquíes por parte de soldados británicos, se reflejaron en los titulares de los medios de comunicación. Las escandalosas revelaciones y fotografías demuestran que la tortura ni es una reliquia de 'nuestro pasado' ni sirve como hecho diferencial geográfico o cultural entre las sociedades 'civilizadas' y las 'no civilizadas'" (La tortura y el futuro, N° 86, 2004).

Todo ello llevó a Fred Halliday a afirmar: "En la primavera de 2004 nos encontramos en medio de una de las crisis más grandes, insolubles y globales de la era moderna. No es una guerra mundial, un conflicto militar estratégico entre dos Estados importantes –la forma de conflicto que, con dos guerras mundiales y la Guerra Fría, dominó el siglo XX; tampoco es una crisis económica internacional de envergadura, como fue 1929 y, con menos gravedad, 1973. Pero en todos los niveles de la vida social y política, nos enfrentamos a una situación que probablemente afectará a todos los habitantes de la Tierra y tendrá graves consecuencias mundiales" (EEUU y Arabia después de Sadam, N° 86, 2004).

El terrorismo de raíz islámica ha proliferado desde el 11-S y la estrategia elegida para combatirlo lo fomentó. Una de las razones es que no se analizaron sus raíces y características, algunas de ellas muy novedosas, como señala Mary Kaldor: "Al Qaeda reúne unas características de organización globalizada y en red más avanzadas que cualquier otro grupo violento, religioso o nacionalista. La estructura de Al Qaeda tiene muchas semejanzas con la forma de organizarse de las ONG internacionales o de las redes de la sociedad civil global. Se trata de una red transfronteriza que incluye formas de organización híbrida" (Terrorismo global, N° 84, 2003-2004).

El 11 de marzo de 2004, varias bombas colocadas en trenes en Madrid causaron casi 200 muertos y más de 1.000 heridos. Ante esta situación, Manuela Mesa afirmaba: "Como demostró el 11-M, Al Qaeda es una amenaza real y, por ello, es imprescindible hacerle frente con la estrategia adecuada. Sin embargo, las acciones militares y unilaterales, lideradas por el Gobierno de Bush y seguidas por los de Aznar y Blair, han sido erradas y contraproducentes. Han creado nuevos problemas y no han impedido los ataques terroristas en Turquía, Casablanca o Madrid. Por el contrario, estas medidas han fortalecido la causa de los terroristas y les han proporcionado más argumentos para seguir matando" (Terrorismo y globalización, propuestas para la prevención, N° 85, 2004). En España el 90% de la población se opuso a la participación en la guerra contra Irak, que defendió el Gobierno de José María Aznar. Los atentados fueron interpretados como una respuesta a aquel apoyo y la manipulación que intentó el Gobierno en los días siguientes se volvió en su contra. El 14 de marzo, el PSOE ganó las elecciones generales. Alberto Piris: "Lo que más de la mitad del pueblo español expresó en las urnas fue su rechazo a un engaño sistemático al que había sido sometido, sin mostrar casi oposición, desde antes de la invasión de Irak y cuando la llamada a las urnas estaba aún lejana" (Rechazo de la "mentira de Estado", N° 85, 2004).

Entre tanto, otras crisis siguen olvidadas. Haití, el Estado más frágil de América y uno de los más pobres del mundo, entró en una nueva fase de desintegración. Lillian Bobsa y Joseph S. Tulchin: "A principios de marzo de 2004, los marines que

protegen la Embajada estadounidense acompañaron al presidente Jean-Bertrand Aristide al aeropuerto nacional, donde un avión de las Fuerzas Armadas estadounidense lo esperaba para llevarlo a un exilio inesperado en África. (...) De nuevo, Haití se encuentra convulsionado. En esta ocasión, la crisis ha sido desencadenada por el agotamiento de un Gobierno cuestionado en su desempeño y credibilidad por parte de diversas fuerzas política y sociales y por un improvisado movimiento insurrecto, integrado por elementos represivos provenientes del 'duvalierismo', así como ex funcionarios del Gobierno de Aristide" (Haití: ¿La democracia vedada?, Nº 85, 2004). Y en Sudán, estalló un nuevo conflicto que ha generado una gran crisis humanitaria, calificada desde algunos sectores de genocidio. Como expone Rodrigo Sosa: "La comunidad internacional y las organizaciones humanitarias se encuentran desorientadas con el caso de Sudán. Cuando parecía que el largo enfrentamiento en el sur del país llegaba a su fin, se abrió otro en el oeste. La grave crisis desatada desde principios de 2003 en la región de Darfur ha empañado las mieles de un acuerdo de paz histórico" (Sudán, un conflicto sin fin, Nº 86, 2004).

Con todas sus diferencias, ambos casos ilustran las dificultades para conseguir la estabilidad en Estados de la periferia del sistema internacional, el debilitamiento continuo de la autoridad estatal y una situación de crisis permanente. A la vez, muestran los límites para conseguir marcos multilaterales que guíen la actuación internacional ante estas crisis y cómo siguen utilizándose criterios selectivos para hacer frente al sufrimiento humano. ¿Quizá sea posible en los próximos veinte años?